

A black and white close-up portrait of Ernst Jünger, looking slightly to the right. The background is dark and textured. A teal-colored vertical bar is on the left side of the image.

TIEMPO DE MEMORIA

Ernst Jünger

RADIACIONES I

Diarios de la Segunda Guerra Mundial
(1939-1943)

TUSQUETS
EDITORES

ERNST JÜNGER
RADIACIONES I
Diarios de la Segunda Guerra Mundial
(1939-1943)

Traducción de Andrés Sánchez Pascual

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Strahlungen I: Gärten und Strassen, Das erste Pariser Tagebuch, Kaukasische Aufzeichnungen*

1.^a edición en esta presentación: mayo de 2024

1.^a edición en colección Andanzas: julio de 1989

1.^a edición en colección Tiempo de Memoria: junio de 2005

© 1979 Klett-Cotta - J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, Stuttgart
La base de esta edición es el volumen II de las *Obras completas* de Ernst Jünger, editadas por Klett-Cotta

© de la traducción: Andrés Sánchez Pascual, 2024

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-474-2

Depósito legal: B. 6.082-2024

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Nota introductoria de la traducción española</i>	9
Prólogo	17
Jardines y carreteras	29
Primer diario de París	213
Anotaciones del Cáucaso	387

Jardines y carreteras

Kirchhorst, 3 de abril de 1939

Trabajado por primera vez en la casa nueva. *La reina de las serpientes* — quizá se me ocurra otro título mejor, para que no nos tomen por ofitas. Cuando me leo mentalmente lo que llevo escrito, paréceme que no capto la eficacia que en ello hay. Lo deduzco, por ejemplo, de que me parece incompleta una frase breve, cuando sé bien que es precisamente la frase escueta la que muchas veces suscita una impresión fuerte. La frase, tal como la escribe el autor, es distinta de la que es leída por el lector. Cuando tropiezo con anotaciones o cartas de las que ya no sé que las escribió mi pluma, la prosa se me aparece de mejor calidad, más llena de fuerza.

Por la tarde en el jardín. No resulta fatigoso remover su tierra: una arena de páramo, atravesada por vetas de humus. Dado que aún sigo habituado al suelo compacto de la viña de Überlingen, me ha divertido el sentir lo muy suelta que caía de la pala esta tierra de aquí.

Kirchhorst, 4 de abril de 1939

Trabajado mal, lo que era previsible por el modo como he soñado y dormido. No todos los días son jornadas de captura, mas para mí es jornada de caza cada día — quiero decir que me paso la mañana dando forma a frases y desechándolas, cual alfarero que rompe sus cacharros. De esa situación me doy cuenta muy pronto y en realidad podría salir a darme un paseo. Me quedo, no obstante, y eso me hace suponer que también este esfuerzo encierra un significado. Son pocas las cosas que hacemos en balde.

Por la tarde removido los bancales y sembrado rábanos y perifollos. Leído: Thornton Wilder: *El puente de San Luis Rey*. En un pasaje de este libro aduce su autor las señas características del aventurero auténtico — una de ellas es el don de saber entablar conversación

con extraños. Eso podría ser efectivamente un signo de primer rango. Si pasamos revista a las personas que nos son conocidas, aparecerán muy pocas cuyo conocimiento no nos lo haya facilitado un tercero que actuó de intermediario. Las personas con que nos hemos relacionado directamente las hemos encontrado casi siempre en circunstancias inhabituales — en viajes, durante una fiesta o con ocasión de un infortunio. También en el terreno erótico lo que rige es el modo directo, el dirigir la palabra a una desconocida, por ejemplo, o el invitarla a bailar. Un rasgo aventurero es que en un sitio a oscuras, como puede ser un teatro, alargue un hombre su mano hacia una mujer a quien no conoce. Esto es, por cierto, algo que sucede con más frecuencia de lo que suele pensarse. Un experto de ese modo de actuar lo ha sido Edmond, quien en una ocasión me dio una extensa conferencia sobre la táctica que debía seguirse. Y ahora me viene a la mente que también a él lo conocí sin intermediarios; me dirigió la palabra en el metro. Tal como corresponde a seres sociales, en casi todos los grupos humanos ingresamos tan solo si alguien nos introduce en ellos. El aventurero, que es un ser no social, se las arregla con el talento que le es propio. Como una aventura espiritual cabe considerar también la autoría, y con ello está relacionado el hecho de que cada uno de los autores disponga de un número de conocidos que se ha ganado dirigiéndoles directamente la palabra.

Se considera el conocimiento directo, a lo que parece, como una forma superior de establecer contacto. Los amantes tienen así la sensación de que el azar que los reunió fue extraordinario. También en las novelas se gusta de utilizar como introducción un suceso que pone en contacto a dos extraños.

Kirchhorst, 5 de abril de 1939

La reina de las serpientes. Las anotaciones que hoy he escrito sobre los mauritanos no me dejan satisfecho; en mi cabeza tiene esa Orden una vida más nítida que en lo redactado. Lo que es preciso describir es cómo en los momentos de descomposición, durante los cuales se acumula mucha materia apática, el racionalismo representa el principio decisivo. Y esto otro: cuando en torno a una doctrina de tecnicidad amoral se forman grupos, a ellos se asociarán, en virtud de la maldad que tales grupos encierran, fuerzas autóctonas, para hacer así realidad otra vez, enganchando un nuevo tiro al carruaje, el viejo poder, la nostalgia del cual permanece viva siempre, desde luego, en

el fondo de los corazones de las fuerzas autóctonas. De esa manera es como se trasluce hoy en Rusia el imperio zarista. Lo mismo ocurre con el personaje del guardabosque mayor en mi libro: el nihilismo encuentra su señor en figuras como él. Por cierto que en la relación de Piotr Stepánovich Verjovenski con Stavroguin aparece invertida la situación: aquí es el técnico el que, sabedor de su carencia de fuerza legítima, trata de aliarse con el autóctono.

En la descripción de proyectos de esta índole lo mejor es entregarse por completo a la fantasía creadora, pero tampoco puede causar daño ninguno el construirlos mentalmente en todos sus detalles. Lo que hay que evitar es que la narración adquiriera un carácter puramente alegórico. Sin relacionarse con ningún tiempo, ha de poder vivir desde sí misma, y aun es bueno que queden en ella pasajes oscuros que ni siquiera el autor es capaz de aclarar. Tales pasajes son a menudo, y yo he tenido experiencia de ello, gérmenes de ulterior fecundidad. Así, cuando en una noche de tempestad en el Harz soñé con el guardabosque mayor, su carácter seguía estando oscuro para mí: hoy veo, sin embargo, que los rasgos que entonces anoté están llenos de sentido, en un marco más amplio.

Por la tarde en el pantano. Muy cerca de donde me hallaba ha salido volando de una estrecha zanja una parejita de patos y ha trazado un amplio círculo a mi alrededor. El macho con librea nupcial, el rizo en el obispillo —ese rizo le daba un toque de tipo insolente— y el cuello con reflejos metálicos de un verde sedoso. Muy bellos los lugares en que ese color va pasando gradualmente a un negro suntoso y tenuísimo; tal negro es un verde elevado a la máxima potencia. Me lo imagino como ese polvo de hacer tinta que, una vez disuelto, produce grandes cantidades de una tintura admirablemente verde. Luego en el jardín. Sembrado guisantes, lechugas, cebollas, zanahorias. Los guisantes, plantados en hileras de un gris verdoso mate, cómo refulgían en los oscuros surcos. Lo muy extraño, más aún, casi mágico que es el trabajar en bancales se me ha vuelto evidente cuando he pensado, mientras miraba los guisantes, que enseguida iba a cubrirlos con tierra.

Cuando escarbamos en el suelo con las manos, la tierra transmite a estas una mutación; las hace más secas, las enflaquece y, en mi opinión, las torna más espirituales. En el suelo las manos experimentan una purificación. Mover los dedos en el terreno blando, mullido, recalentado por el sol y la fermentación — eso, qué sensación tan grata produce.

En el correo una carta de Elisabeth Brock, de Zúrich; me escribe

que una de sus alumnas, para un ejercicio sobre el tema *Description exacte d'un objet*, le ha entregado la descripción de una langosta cocida, que, según me dice, habría hecho mis delicias. He de conceder que en sí misma la idea me parece lograda: una pieza maestra de lucimiento.

Kirchhorst, 7 de abril de 1939

Mientras trabajaba se me ha ocurrido que quizá estoy pasándome de la raya en eso de eliminar la *e* muda en las palabras. Desde luego que para la frase no es lo mismo el que en ella se diga *erfreuen* [alegrar] o el que se diga *erfreun*. Creo, no obstante, pues también lo he observado en mí, que el lector lee o deja de leer la *e* muda de las terminaciones según que lo necesite o no lo necesite. En especial me parece que hay que proceder con cautela en aquellos sitios donde la eliminación de esa vocal otorga al término un carácter inhabitual o lindante con la poesía. Lo mismo cabe decir de la inversión del orden de las palabras dentro de la frase por motivos de equilibrio, de exacta distribución de los pesos — también en esto tiene la poesía más libertad que la prosa. La labor rítmica realizada en la prosa no habrá de dejar tras de sí rastro ninguno; hacer ese esfuerzo es algo que merece la pena tanto más cuanto menos se lo perciba. Esto responde a una ley general, que dice que la mano ordenadora ha de borrar al final, y esa es su última tarea, las señales visibles de su trabajo.

Creo además que he de evitar el uso demasiado frecuente de la partícula *jenes* [aquel]. «Brillaban sus ojos con aquel fulgor que el uso de la belladona proporciona.» La acción específica de ese pronombre o adjetivo demostrativo consiste en que apela a la connivencia o a los conocimientos del lector. La mencionada partícula puede causar un fuerte efecto precisamente cuando es inhabitual lo que se afirma o es raro el hecho de que está hablándose. Pero en esto, como en cualquier género de lisonja, rige el principio de economía.

Por la mañana en la pequeña iglesia; el camposanto adosado a ella linda con mi jardín. Es una iglesia muy bella. Sermón de Viernes Santo sobre Cristo y los dos ladrones que le hicieron compañía en la cruz. El tono sacral recubre como un barniz delgado, desconchado, el sermón. Entre los protestantes esto resulta todavía más audible que en los países meridionales, donde la gente no se halla remitida a «la sola fe». En Noruega, oyendo sermones, tuve la impresión de estar asistiendo a espectáculos en que por cuerdas imaginarias se ascendía a las alturas.

Por la tarde visita a mi nuevo vecino; café y pasteles. Hemos dado una vuelta por la granja y la casa. Luego ordenado la biblioteca con la ayuda de Perpetua y Louise;* a los libros no les ha sentado nada bien el traslado, por desgracia. Las únicas encuadernaciones que se mantienen a lo largo de los siglos son las viejas y buenas encuadernaciones en pergamino.

Kirchhorst, 8 de abril de 1939

Proseguido la ordenación de la biblioteca. He colocado manuales también en las estanterías de la parte alta. Luego he estado removiendo la tierra del jardín en un sitio donde es de color castaño claro; al cortarla con la pala brilla como el cobre.

Attagenus, el escarabajo de las pieles, que suele ser para mí el nuncio de la primavera, ha aparecido tarde este año; ha estado haciendo una revisión de mis papeles. Este granujilla, que es del tamaño de un grano de arroz, tiene unas graciosas antenitas claviformes y lleva dos manchas blancuzcas, de color de tiza, en su negro tórax. Las motas blancas se repiten también en sus oscuros élitros. Se desarrolla en las ranuras de las ventanas y en las rendijas de los pisos de madera, y el calor de la habitación hace que aparezca antes, como si se hallara en una estufa. Sin embargo, cuando el animalillo revolotea en el círculo luminoso de la lámpara y luego cruza la hoja de un manuscrito como si estuviera atravesando un campo de cultivo, es como un reencuentro. También me parece, cuando lo contemplo, que es más grande la habitación y que hay en ella más vida.

Kirchhorst, 9 de abril de 1939

Por los campos, en cuya planicie se alzan, repetidos, bosquecillos oscuros. En los caminos los abedules no han echado hojas todavía. A lo largo de las zanjas, candelillas en flor, que han sido polinizadas por abejas y por moscas amarillas. Grandes masas compactas de puestas de rana, parecidas a budín de tapioca, con su núcleo negro ya muy desarrollado, depositadas encima de las plantas acuáticas. También en

* *Perpetua*: nombre que Jünger da en sus diarios a su primera esposa, Gretha von Jeinsen (1906-1960), con la que contrajo matrimonio el 3 de agosto de 1925 en la iglesia de Santo Tomás de Leipzig. Louise es la criada de la familia. (*N. del T.*)

todos los sitios, sonando desde las profundidades, el canto cristalino de los sapos. La primavera tiene también una cara ambigua, un hechizo fresco y delicado, con juegos eróticos en el hielo que se derrite.

Desde siempre me ha conmovido, precisamente en las ranas, lo que en ellas hay de semejanza con los humanos, por ejemplo cuando en el agua parecen estar de pie con las ancas despatarradas. Esa similitud vuelve a perderse, sin embargo, en ramas más altas y de conformación mucho más acabada del árbol de la Naturaleza; da la impresión de ser como una primera acometida de esta en dirección a lo humano, acometida que luego se renueva con una imperiosidad cada vez mayor. A esto es sin duda a lo que se debe asimismo el que consideremos cómicas a las ranas, igual que a los monos. También en la cópula el macho aferra a la hembra con los brazos, a la manera humana.

El ser humano exhibe, en correspondencia con eso, rasgos ambiguos. Es una sensación que experimento sobre todo cuando, con la cabeza muy echada hacia atrás, ofrece a la vista la zona de la barbilla y el cuello. Quedan siempre de ese modo algunos sitios donde la Naturaleza ha obrado con mucha incuria al cortarnos los trajes animales.

Me acuerdo de que cuando era niño sentía un gran placer al ver ranas. Un mediodía, al volver del parvulario, vi detrás de los cristales de una tienda de peces unas grandes ranas, moteadas de manchas verdes y negras. Me dejó asombrado el que fuera posible comprar unas criaturas tan magníficas como aquellas, y un poco desconcertado, pero a la vez empujado por unas enormes ganas de adquirir uno de aquellos pilluelos, entré en la tienda. Por desgracia llegó luego mi abuelo y me sacó de allí. En aquella ocasión he de haber saboreado algo del sentimiento que hubo en poseer un esclavo — estoy refiriéndome a un sentimiento correspondiente a tiempos remotos, anterior a la época romana, anterior incluso a la época de Alejandro. «Este ser humano me pertenece a mí, es propiedad mía, es posesión mía segura y completa; cómo me gusta jugar con él.» Ahí se esconde, diría yo, una de las más hondas relaciones posibles. Pero también, desde el otro lado: «Yo soy esclavo tuyo» — ¿no es posible imaginarse esa frase pronunciada con un tono que aún no ha sabido encontrar ninguno de nuestros historiadores? Tales cosas forman parte de la infancia de nuestra especie, de aquel oscuro y espléndido país de fábula que Heródoto vio todavía con sus propios ojos. Eso es lo que otorga a sus libros el rango incomparable que poseen.

Al leer por encima estos apuntes noto que arriba, en la frase terce-

ra del primer párrafo, me desagrada la expresión *blühende Kätzchen* [candelillas en flor]. Y sin duda está justificado ese malestar, pues en la citada expresión se esconde un pleonasma, que voy a dejar ahí para que sirva de advertencia. Digna de elogio, en cambio, la manera como se ha hecho visible ese pleonasma — por un malestar estético *a priori*, que luego ha podido ser justificado también con argumentos lógicos.

Kirchborst, 10 de abril de 1939

La reina de las serpientes. En la descripción de los acantilados de mármol poner cuidado de que no acabe saliendo una pintura fastuosa, al estilo de la Isola Bella en *Titán*, por ejemplo. El autor de esa obra trata de comunicar la impresión de la belleza emborrachando con palabras al lector. La acción suprema de lo bello no reside, empero, en el arrobamiento; lo bello nos cautiva con un hechizo mágico. Así es como puede despertar en nosotros un placer que es más hondo que la embriaguez, la cual, a fin de cuentas, empuja hacia el vacío y es incapaz de enfrentarse a las figuras. La impresión más honda que a la consciencia le es posible la alcanzamos, por el contrario, en el hechizo mágico, el cual, en vez de cerrarnos los ojos, nos los dilata. En presencia de la belleza la observación debe intensificarse; hay un estado psíquico en que el tiempo comienza a transcurrir más lento y en que los colores brillan con más intensidad, como en un espacio sin aire. La descripción de lo bello presupone medida, distancia, y una mirada aguda; con simples tartamudeos no se consigue nada. De ahí que sean impropios de la descripción vocablos como «indescríp-tible». De igual manera es también una señal de impotencia el desenfreno en los superlativos. Siempre hay, claro está, determinados niveles donde la forma es incapaz de hacer frente a la plenitud o al ardor, y se rompe. Se trata de zonas que quedan fuera de las palabras; también se modifican entonces los medios. Así es como siguen avanzando más y más las melodías puras, portando un peso más leve todavía.

Considero que en el famoso cuadro *El hechizo del amor* se ha acertado a expresar muy bien la esencia del amor — especialmente porque también comunica la impresión del susto que nos embarga momentos antes de retirar el velo.

Modelos de los acantilados de mármol: la pendiente rocosa junto al faro de Mondello, que escalé en compañía del Magister. Además, el camino que lleva de Corfú a Canoni; el valle de Rodino en

la isla de Rodas; la vista hacia Corcula desde el monasterio de Suttomonte; el camino de tierra que conduce de Gletschermühle a Sipplingen junto al lago de Constanza. Los nidos de halcones y búhos en las escarpadas paredes de la hendidura del canal de Corinto. La Acrópolis; el modo como emergen del suelo en Río de Janeiro las rocas, haciéndonos pensar en orquídeas y serpientes. El autor de libros está obligado a viajar mucho para tener experiencia de las cosas que ofrece la Naturaleza. Pero luego las imágenes han de mezclarse y tornarse fluidas, cual miel extraída de muchas flores. Únicamente de los *elementos* del recuerdo afluye sustento al espíritu.

Por la tarde, con buen sol, en el pantano, y allí, en las charcas, a la caza de variedades de hidrofílicos de pequeño tamaño. Mientras estaba entregado a esa labor, una gran araña ha resbalado de los juncos y ha ido a caer en la oscura superficie de la turbera junto a la que me encontraba agachado — su color era de un gris aterciopelado profundo, con un cuerpo ribeteado de un blanco un poco sucio, como de fieltro. En estos días de primavera centellean a la redonda, a la dura luz del sol, los brotes de los abedules y los tallos de los brezos, de manera que se tiene la impresión de un lavado reciente. Sin duda lo que resulta inhabitual es el contraste entre la vegetación todavía invernal y la luz, que es ya casi veraniega.

Kirchhorst, 11 de abril de 1939

Sembrado puerros, espinacas, rábanos blancos. También he visto cómo germinaban los guisantes — me ha producido un gran alivio, pues casi tengo la idea fija de que nada va a crecer. En mi descargo he de decir que todas las cosas a que hoy nos entregamos contradicen a un crecimiento como ese, el cual ocurre durante la noche y sin nuestra colaboración. Nos falta ante todo *una* virtud, a la que podemos denominar «el arte de recibir regalos». En esto es preciso seguir siendo niños, la fortuna acude entonces por sí sola. Incluso creo haber observado que el dinero —no me refiero al dinero abstracto, sino al concreto, el de las herencias, el de los obsequios y el de las ganancias— tiene predilección por unos receptores enteramente determinados. Esto no es tan raro como parece, pues todos los que hacen regalos darán preferencia a quienes saben también recibirlos. De ahí que todos hagamos obsequios a los niños.

Esta circunstancia interviene en el reparto de las herencias y constituye la razón oculta de las querellas que en tales casos surgen. A los

padres les gustaría que sus hijos llegasen a ser personas de provecho, y, no obstante, dedican siempre su cariño a los que son más niños. De ahí que con facilidad propendan a beneficiar al hijo más joven y siembren con ello la semilla de las disputas entre hermanos. De ese modo se enoja, como Caín en otro tiempo, el que ha llegado a ser un hombre de provecho.

Kirchhorst, 12 de abril de 1939

Sueño. Oía un relato en estilo de crónica o tenía el sentimiento de que ante mis ojos abrían la portada de una antigua crónica titulada: *El suplicio del trago sueco*. Llevándolo sobre sus espaldas, la mujer está sacando al hombre, que ha sufrido graves lesiones, de en medio de la multitud congregada alrededor de aquel suceso. Por desgracia surge una insignificante disputa entre ella y uno de los centinelas, y el suplicio se repite, esta vez con resultado de muerte. El frío mecanismo de la fuerza bruta; el ser humano cae en ese mecanismo como en un engranaje, se escapa, vuelve a ser atrapado y perece. Ocurría la escena en una plaza de mercado; la totalidad de los edificios, de los trajes y también de los rostros de la gente, en el estilo exacto de la época; el trago era lo único que se administraba con una moderna boca de incendios, de esas que hay en nuestras calles y tienen de cobre el tubo de salida.

Significativo también el despertar. Yo iba ascendiendo desde las profundidades del dormir como a través de un remolino y mucho antes de llegar arriba oía en la superficie el ulular de la sirena de un automóvil que pasaba por la ancha calle. Hallándome aún en lo hondo reconocía aquel sonido y lo clasificaba, aunque lo hacía desde fuera, como alguien que viviera en otros mundos y, sin embargo, no fuera ajeno a este. En el instante en que yo llegaba arriba saltó la consciencia como si fuera un resorte y quedó restablecida la causalidad.

Kirchhorst, 13 de abril de 1939

Viaje en bicicleta a Burgdorf, uno de esos antiguos villorrios de la Baja Sajonia resecos cual si se hubiera estado ahumándolos durante mucho tiempo. Comprado al jardinero la planta llamada «corazones», por la que siento un gran cariño. Para aclararme que es preciso darle un riego abundante me ha dicho que había que «abrevarla». Casi

siempre oímos hablar mejor a los artesanos que a las personas cultas; estas manejan con demasiada incuria las palabras, cual si fueran fichas de juego. Así, hace poco he recibido de un desconocido un poema en que se hace el elogio de «los sonidos de la campana de buzo en las profundidades» — un buen ejemplo de una imagen nacida del vacío del concepto.

Junto al camino una bruja joven de cabellos rojos. De las brujas hay una raza clara y una raza oscura — sorprendente el modo como en ambas está vivo el espíritu del fuego. Cabría opinar que lo que de por sí acercaba en otro tiempo las brujas a la hoguera era también un rasgo íntimo, quizá de naturaleza horoscópica. Asimismo se ha modernizado el modo de aojar el ganado; así, hace poco he leído que se había condenado a una vieja que había arrojado a establos ajenos paja contaminada con el virus de la glosopeda.

Kirchhorst, 14 de abril de 1939

Utilizado por primera vez el microscopio en la casa nueva. Cuando me hallaba en el jardín cortando una gruesa rama de haya llena de enormes agujeros, encima de la leña ha quedado un animalito negro, con reflejos de un verde metálico y provisto de largos pelos: *Xestobium plumbeum*. La única variedad de él que he encontrado en mi colección ha sido una con élitros de color pardo rojizo; es un ejemplar que se me quedó prendido en la red en el Bosque de Harli, en unas hierbas que crecían bajo unas viejas hayas. La captura de animales que viven en la madera es un arte que posee características propias.

Kirchhorst, 16 de abril de 1939

La reina de las serpientes. Pienso dar a este *capriccio* otro título: *En los acantilados de mármol*. En él se expresa acaso todavía mejor esa unidad de belleza, altura y peligro que tengo en la mente.

Mirando por la ventana mientras trabajaba en esto he visto pasar a buena marcha por la carretera, en dirección este, cañones y más cañones, casi como en las guerras en los días previos a una gran batalla. Durante estas semanas los alemanes han entrado en Bohemia, en Moravia, en Memel, y los italianos, en Abisinia. Todos los signos indican que en breve habrá guerra; de ahí que obre bien contando con que habré de suspender el trabajo. Y esto en un momento en

que tengo la sensación de que están aclarándose un poco las cosas y en que ha crecido mucho para mí el valor del tiempo. En todo caso la pluma habrá de tomarse entonces un completo descanso, si exceptuamos el diario. Será preciso traspasar el trabajo a los ojos, pues no han de faltar espectáculos.

Kirchhorst, 18 de abril de 1939

En el jardín he dado mayor profundidad a los caminos. Los gusanos que quedan seccionados en trozos por la pala al cortar la tierra y que se retuercen bailoteando — en tales estampas el dolor nos afecta tan solo un instante, como con un punzón cáustico. Resulta comprensible que se haga del gusano el símbolo del dolor y que se compare con un gusano al hombre que sufre indefenso. Está en primer lugar la posición, completamente a ras de suelo, una posición en la que se encarna lo inferior y en la que no se disfruta, como en el caso de las serpientes, ni de una marcha rápida ni de escamas ni de armas. Está en segundo lugar la piel desnuda, carente de pelo, falta de toda protección, y está además la ceguera, y está sobre todo la contorsión, que hace que el cuerpo entero se convierta en espejo de la sensación que se experimenta.

Siempre que vemos a un gusano retorcerse, con nuestra conmiseración se mezcla también la repugnancia; algo parecido nos ocurre con el cerdo, al cual es afín el gusano en el modo de sufrir. Supongo que así es como se paga una existencia desprovista de preocupaciones — el gusano vive en la tierra grasa como si estuviera en el país de Jauja, y el cerdo se ha dejado degradar a la condición de glotón grasiento, un giro para el cual cabe presuponer que hubo, si no consentimiento, sí idoneidad. En contraste con esto hay animales a los que vemos sufrir con mucha nobleza.

En otros gusanos que viven de la depredación, como es el caso de los poliquetos, errantes y, en especial, de los quetognatos del género *Sagitta*, existen especies dotadas de una gran belleza, que a menudo he admirado a orillas del mar. Aquí vemos cómo lo que otorga nobleza no es el parentesco de sangre, sino el modo de vivir. La estirpe de los gusanos está llena de misterio; tendrían que interpretarla unos ojos que supieran leer la escritura de imágenes, la pictografía — muchas cosas que están inactivas en ellos pertenecen en nosotros a la esfera de lo sexual.

Sobre la bajeza del dolor, esta otra observación todavía: ¿no ocurrirá también en los humanos que los más burdos tormentos les tocan

siempre a personas muy determinadas? ¿No ocurrirá algo así como que las atrocidades se orientan fácilmente hacia tipos humanos que mantienen una relación especial con la materia grosera, corporal, del sufrimiento? Así como hay mujeres que incitan abiertamente a la lascivia, así hay también comportamientos que provocan a las personas brutales a perpetrar actos de brutalidad. *Esa* clase de angustia y de dolor se encontrará con frecuencia en gente que se halla enteramente poseída por el ansia de deleites gruesos, opulentos. Por ejemplo, corren mucho peligro esas personas a las que el pueblo llama «sanguijuelas», chupadores de sangre; y las prostitutas atraen a los destripadores. Siempre ocurre que es el puro miedo el que provoca los horrores. Así, quien emprende la huida incita ya con ella misma a la persecución; y el hombre que trama maldades se halla al acecho de su víctima — cuando advierta en esta signos de angustia caerá la última barrera. De ahí que sea importante el conservar la presencia de ánimo en los encuentros sospechosos; por ejemplo, cuando alguien nos dirige la palabra en el bosque. En nuestra condición de humanos disponemos de sellos de soberanía que son difíciles de romper si no los estropeamos nosotros mismos; aun los animales sienten el sortilegio de tales sellos. Lo único que se precisa es saber, como el romano Mario, que somos invulnerables.

Kirchhorst, 21 de abril de 1939

El nombre del bosquecillo que queda detrás de nuestra casa es *Fillekub-le*; seguramente sirvió en otro tiempo como sitio donde enterrar las reses muertas, ya que *fillen* es un verbo hoy en desuso cuyo significado es «despellejar», «arrancar la piel». Quizá pueda emplearse ese término cuando en *Los acantilados de mármol* haya que describir la barraca del desollador. Por cierto, aunque hace ya mucho tiempo que no se entienda nada en ese bosquecillo, flota en él también un vaho de lugar siniestro. Del domicilio, de la imagen del lugar donde se asienta el ser humano, forma parte casi siempre un sitio como ese, que en la mayor parte de los casos está colocado en los límites de la vista.

Acabado: las *Cartas* de Erasmo, un regalo que me hizo el astrónomo Lindemann. Muchas de estas epístolas, especialmente las de la juventud, están empapadas de un concentrado aroma ciceroniano, y eso es algo que a mí me molesta siempre en las cartas. El fuego retórico no consigue hacernos entrar en calor, y el vano gusto de hablar destruye el elemento comunicativo, el cual ha de formar siempre el

núcleo de las cartas. No deja de ser nunca molesto, para quien recibe cartas escritas de esa manera, el notar que el autor se ejercita en pasos de esgrima a costa nuestra. Pero también aparecen más tarde en estas cartas descripciones muy bellas, como las que se refieren a Tomás Moro; en el hogar de este elogia Erasmo una especie de felicidad otorgada por el destino, una felicidad que redundaba en beneficio de todos los que vivieron en aquella casa. En el encuentro de Erasmo con Lutero se pone de manifiesto la diferencia que hay entre los espíritus que viven dentro del orden y los espíritus que viven fuera de él, los espíritus extraordinarios. Erasmo mismo ha sabido expresar bien esto en un pasaje de una carta dirigida a Cesario, que dice: «He llegado hasta el límite, he llegado hasta la orilla del mar, por así decirlo; ¿me hago infiel a mí mismo si no quiero saltar dentro de las olas?». El acceso a los elementos es, pues, algo que le está vedado a Erasmo. Está también la diferencia entre dos espíritus, uno de los cuales es en última instancia un espíritu crítico, en tanto el otro es en última instancia un espíritu que no tiene reparos. Mirando a esos dos luchadores cae uno en la cuenta de que también es equivocado el pasaje en que Nietzsche lamenta que no se llegase espontáneamente a una sublimación de la Iglesia, a su volatilización. También el sistema de la historia, para subsistir, se consume una y otra vez en el fuego, igual que el cosmos. De manera muy parecida, hay ocasiones en que deseo que hubiera proseguido hasta el día de hoy la serie de los reyes de Francia; viviríamos entonces en un rococó muy sutil y tendríamos, en vez de la técnica, una bien acabada *chinoiserie*. Pero el *Weltgeist*, el Espíritu del Mundo, no consiente el trabajo de filigrana más que en aquellos sitios donde titubea un poco — de igual manera que en general debemos también las cosas más finas a instantes en que el *Weltgeist* ha estado olvidadizo.

Las buenas enseñanzas que Erasmo imparte a Lutero son de tal índole que el hombre de acción ha de despreciarlas forzosamente. Ahora bien, cuando alguien vive entre papeles necesita poseer también espíritu de zorro para subsistir en una época como la que le tocó vivir a Erasmo. Esto es algo que queda bien destacado en el dibujo hecho por Durero, pero que está expresado con más acierto todavía en el medallón acuñado por Metsys; en él se ve cómo ese espíritu de zorro va emparejado con la fortaleza. Es totalmente imposible dejar de reconocer los rasgos de un poder espiritual soberano. Vista a esta luz, Europa era entonces más pequeña que ahora y sus capitales se hallaban más cerca entre sí que en nuestros días, cuando en pocas horas la sobrevolamos en avión.